

Allí, donde el señor olvida el primero de sus deberes, el servidor no tarda en emanciparse de todos los suyos: así, ¿qué es lo que veis bajo el techo del mal cristiano? Turbación, desorden, falta de fidelidad de respeto y de subordinación.

Pobre joven sacerdote, nacido en la aldea, educado en el Seminario, desde que habeis sentido en vos todas las gracias del sacerdocio, desde que el pontífice desde lo alto del altar os ha dicho: *id y enseñad: bendecid y consolad*: habeis creído que encontraréis siempre para ayudaros en vuestro santo ministerio, los que se han llamado privilegiados de la fortuna. . . . ; Ah, bien pronto conoceréis vuestra equivocación! Antes de poco os habréis convencido de que para sosteneros y prestaros ayuda en vuestras buenas obras, no hay mas que aquellos que conocen y practican los mandamientos de Dios y de la Iglesia.

No os desanimeis sin embargo; marchad, marchad siempre; vos no perteneceis al mundo, el mundo os pertenece á vos. No teneis necesidad de nada de lo que él ama, nada de lo que él adora: no tendréis ni oro, ni pedrerías, ni brillantes, ni grandeza; no dormiréis bajo dorados arnesones, no veréis sus fiestas, no tomaréis lugar en sus festines; pero vosotros tendréis (y Dios y los hombres se regocijarán), la morada del pobre y del afligido, el lecho del viejo enfermo, la cuna del niño abandonado-tendréis las largas salas de los hospitales, pobladas de tantas miserias y de tantos sufrimientos. Tendréis los heridos, los moribundos sobre los campos de batalla, los naufragos sobre el bajel que se sumerge en el abismo; tendréis el prisionero en la cárcel, el criminal en la galera, y el asesino sobre el cadalso.

Sí, ved aquí vuestras riquezas, discípulos del Señor Jesus. Dejadles á los mundanos las delicias, y cargaos vosotros con las miserias. Sed, pues, benditos, y por aquellos á quienes socorreis, y por el Dios del cielo de quien seguís los mandamientos y los preceptos.

Esta gloriosa parte, que acabo de dar á los sacerdotes de los campos y aldeas, no es pues imaginaria; es la verdad y la realidad; porque está demostrado que del sacramento del Orden, como de un inmenso receptáculo guardado por los ángeles del cielo, han emanado y emanan todavía diariamente los consuelos y socorros sobre todas las miserias de la sociedad: el pecado ha repartido sobre la tierra un diluvio de males; la religion se ha ocupado sin cesar de llevar el remedio, y para curarlos tiene sus divinos sacramentos, y sus sacerdotes que tienen derecho de administrarlos.

¡Ah, sin duda, el aspecto del mundo es triste y desolador! y para no desesperar de él, es preciso dirigir todas nuestras miradas y nuestros pen-

samientos á lo que Dios le ha dado para convertirlo y salvarlo. Estamos una ojeada á todos los auxiliares que componen la gerarquía eclesiástica.

El humilde párroco de aldea es el primer anillo de esta larga cadena de oro que liga la tierra con el cielo; los hijos del trabajo y de la labranza tienen sus miserias, sus adversidades, como los obreros y los artesanos de las poblaciones. El sacerdote se convierte en medio de ellos en vigilante pastor, prestando sus cuidados á las ovejas, y levantando los corderos. El consejero de los jóvenes sacerdotes es el cura del cantón. Es en su casa, donde sus hermanos se reúnen para esclarecerse mutuamente, y procurarse los mejores medios de glorificar á Dios, de edificar al prójimo, y de aliviar la miseria de los pobres. Para ayudarlos en sus parroquias, las buenas almas se obligan á subvenir entre ellos, para establecer, ó hermanos de la Doctrina cristiana que eduquen los jóvenes, ó hermanas de la Providencia para ser las institutoras, ó mejor dicho, las segundas madres de las niñas, frecuentemente abandonadas mientras los largos trabajos de los campos.

Cuando alguna plaga viene como una ave de rapiña, á cernirse sobre una comarca, se ve de las ciudades comarcanas partir como un enjambre de ángeles las hermanas de la caridad, hijas de San Vicente de Paul, hermanas del Hábito Pardo, hermanas Hospitalarias, y hermanas del Buen Socorro. Y cuando ellas llegan al lugar donde la muerte siega á golpes redoblados, ¿el pastor y el rebaño no adquieren juntos confianza y valor? Y en los países diezados por el terrible y formidable cólera, ¿no se ha entonado el *Te-Deum*, cuando se han visto bajar las heroínas del catolicismo, las santas hijas de Dios? El árbol que la religion ha plantado sobre la tierra, y que ha afianzado sus raíces, y estendido sus ramas, no dá jamas tantos frutos como en los malos dias, cuando la tempestad, la tormenta y el sacudimiento.

Bajo el humilde techo del presbiterio, hay alegrías y dolores: las alegrías, cuando la miseria se va; los dolores, cuando llega el escándalo. ¡Oh! Cuando la deshonra cae sobre una población, el sacerdote, que es su padre, tiene el alma tan conturbada, que si cediese al sentimiento que prueba, iría como los penitentes de otros tiempos, desnudos los pies y la cuerda al cuello, á hacer penitencia al pié del altar.

Su alma se posee de dicha y de una santa alegría cuando los niños que ha instruido para la primera comunión han aprendido bien sus lecciones, y vienen con piedad y recojimiento, con fé y amor á arrodillarse al celeste banqueté. En ellos ve unos ángeles de mas para adorar á Dios, y hombres de bien para edificar su parroquia.

Con alegría es siempre, que el cura (frecuentemente un hijo de la Granja, que desde sus primeros años ha ido con su padre y sus hermanos mayores al trabajo de los campos) ve el cielo mostrarse grato por los bienes de la tierra. Por sus primeros recuerdos, ve los surcos, y estudiando las Santas Escrituras, ha aprendido á amar los campos. Así, en la bella estación, lo veis frecuentemente por la tarde, mientras que el Occidente brilla todavía con el esplendor del sol que se oculta, el joven ó viejo cura, sentado sobre algun otero con los decanos de la aldea, tratando con ellos de los intereses de la parroquia. El sacerdote que enseña á conocer, á servir al Dios de los patriarcas, debe estimar y amar esta buena y leal raza de paisanos, cuya vida es la continuacion de la de Abraham, de Laban, de Isaac y de Jacob; raza que guarda todavía la fé y la honradez de sus abuelos; hombres en todo semejantes de los habitantes de las ciudades, á quienes agita la ambicion, enerva la molicie, la intriga conduce al mal, la ambicion explota, el desarreglo arruina, la miseria degrada, y á quienes la desesperacion extravía y el suicidio condena.

En una época tan fértil en acontecimientos como la nuestra, nada es mas natural sino que el pasiego quiera tambien saber cómo va el mundo. Así, algunas veces, ciertas palabras de política se mezclan en la conversacion del párroco y sus parroquianos; pero entonces es cuando la sabiduría y la moderacion discurren de los labios del hombre del santuario. "Amigos míos, les dice: poned vuestra confianza en el Señor: descansad en él: él sabe mucho mejor que nosotros lo que nos pueda convenir. Decid siempre desde el fondo del alma: *Que vuestro reino llegue; que vuestra voluntad se haga*: y cuando esta voluntad sea cumplida; y cuando este reino haya venido, todo estará en su lugar; y los hombres de buena voluntad estarán en la alegría y glorificando al Dios de David y de Joas."

Enfrente de un pastor de campo, coloquemos el párroco de una parroquia de gran ciudad en contacto con la sociedad.

Unido á Dios por su piedad y su fé, mezclado al mundo por sus deberes, sin tolerancia para el vicio, está lleno de compasion y de caridad por los pecadores, y lejos de repelerlos sabe atraerlos á sí. El reconcilia los corazones separados y que se odian: es ingenioso para descubrir los pobres cuya indigencia se oculta, y les ahorra la confusion de los socorros. Los establecimientos útiles y edificantes, encuentran en sus cuidados y en su celo los recursos que les impiden caer, y que les dan, por el contrario, una nueva solidez. "El sostiene las gentes honradas, y las hace servir para la utilidad y la santificacion de sus hermanos: él preside á todas las empresas y á todas las buenas obras: no se le ve en los salones de los ricos, mas que cuando se trata de abogar por la causa de

los pobres. En una palabra, él es el alma de su parroquia, lo anima todo, encuentra remedio para todo; sabe que con la ayuda de la Providencia un sacerdote puede emprenderlo todo. No hay desórden que se le escape, ni bien público al cual no se sacrifique; no hay empresa que deseché, ni pecador que no le parezca digno de su celo; en fin, nada puede ocultarse al ardor y á los santos atractivos de la caridad (1)."

El conocimiento que tiene del mundo, le dá el modelo de lo que debe decir á cada uno. Así, permaneciendo evangélico en los consejos que dá, se sirve de palabras que llegan al alma sin espantar el espíritu, sin herir el oído acostumbrado á escuchar *el dulce gorgo de la alabanza y la mentira de los cumplimientos* (2).

La caridad le hace amar á los pobres; su rectitud le hace estimar á los grandes. La bondad de su alma, esparciéndose hácia fuera como un perfume exquisito, hace venir á él el pecador: lo mismo que el justo. Penetrado de una fé viva, quiere que su Iglesia revele y mande á todos el respeto y la adoracion hácia el Dios que se digna residir allí. Así, cuando su caridad ha hecho una larga y buena parte de limosnas, su piedad se complace á su turno, en adornar y componer sus altares; y como para el católico que cree desde el fondo de su corazón y con todas las facultades de su alma, tiene la presencia real de nuestro Señor Jesucristo en nuestros tabernáculos, nada debe haber mas bello ni mas precioso, cuando se trata del servicio de Dios, este digno sacerdote quiere que todo lo que tiende á este adorable sacrificio sea verdadero y puro como el oro de Ophir. Este lujo piadoso, esta santa magnificencia, no se detiene mas que ante el pensamiento de los pobres, y el día en que el arca de los necesitados y de los enfermos está vacía, no dudará en vender la plata y el oro de sus cálices y de sus vasos sagrados, para socorrer á las hijas de Jesucristo que sufren.

Gracias al sacramento del Orden que nuestro Señor ha establecido para el gobierno y la constitucion de su Iglesia, la sociedad ha encontrado las garantías de paz y de tranquilidad que habria buscado vanamente en las instituciones humanas, siempre insuficientes bajo todos conceptos. La sabiduría de acá abajo peca constantemente por algun lado, no se completa sino por las luces y las gracias de lo alto. Los obispos con sus grandes vicarios, los canónigos, los arcedianos y su consejo, administran, dirijen, gobiernan su provincia, y á fin de que el pensamiento cristiano sea siempre bienhechor, moderador y eficaz, tienen, como acabamos de ver, apostados vigilantes centinelas en los curas de aldeas, de las villas

(1) Massillon.

(2) Labruyère.

y de los pueblos. Estos, así, curas y vicarios, ejercen su saludable influencia sobre las masas cristianas, repartiéndoles el pan de la palabra, y por la administración de los sacramentos.

En este tiempo ya los príncipes y los reyes, que estendian su cetro sobre sus pueblos, y que no querian que pesase duramente sobre sus súbditos, apelaban á los ministros del Dios de justicia y de paz.

Debia ser todavía lo mismo en nuestros días; pero aquellos que el Rey de reyes habia establecido para gobernar las naciones, han dejado á sus aduladores extinguir la fé de ellos y en ellos, y desde este instante el espíritu del mal, encontrando menos obstáculos, ha hecho grandes estragos en la viña del Señor. . . . Y en nuestra Francia, en otro tiempo *reino cristianísimo*, se ha visto y se ve todavía un gran número de parroquias donde la cizaña posa y se estiende, sin que haya una mano para arrancarla. . . . Pero tengamos esperanza y fé: acabamos de ver todo el episcopado católico levantarse y tratar las mas altas cuestiones, y tomar bajo la invocacion del Espíritu Santo, las resoluciones mas propias y mas eficaces para reanimar la fé, allí donde tenia tendencia a extinguirse, y hacerla renacer donde estaba muerta.

Para el mundo, estos consejos sinodales ofrecen un grande y majestuoso espectáculo. ¡Y cómo leyendo los resultados de estas santas asambleas, se ha podido comparar *lo que es de Dios y lo que es de los hombres!*

Desde hace mas de medio siglo que el mundo está entregado á la palabra, y que las asambleas reinan y gobiernan, y que hemos visto el ridículo, la vengencia y el escándalo. Como los ilotas embriagados inspiraban á los jóvenes espartanos el odio á la embriaguez, del mismo modo los parlanchines políticos de la tribuna moderna, por sus extravíos y sus locas ideas han hecho tomar odio al dón de la palabra.

Este dón del *bien decir*, esta dignidad del discurso, esta majestad del silencio que escucha, esta concienzuda sabiduría que todo lo pesa, para meditar sobre todo, y para responder á todo con conocimiento de causa, lo buscamos desde hace mucho tiempo, pero no lo encontramos en ninguna de nuestras asambleas. Hemos podido volverlo á hallar en los concilios y sínodos de nuestros señores obispos y arzobispos, y clero asistente.

Para nosotros ha sido como si los siglos pasados hubiesen vuelto con sus Ciprianos, Cirilos, Eucherios, Agustinos, Basilio, Ambrosios y Gregorios. El mas elocuente de nuestros hombres políticos, aquel que permanece calmoso, noble y sabio en medio del delirio de las asambleas, y cuyo talento parte del corazon para ir al corazon, ha asistido á uno de estos concilios, y ha salido lleno de admiracion, y conmovido hasta verter lágrimas: éste me decia: *¡Oh! esto dá envidia. . . . ¡Cuán miserables y pequeños somos cerca de esta alta razon que viene del cielo!*"

La Alemania, la Austria, la Italia, la Irlanda, la Inglaterra, tienen tambien sus sínodos y sus concilios. *Tengamos pues valor*: una brisa de lo alto posa sobre el mundo, los cedros se agitan y se inclinan bajo este soplo puro y saludable; y nuestra Madre la santa Iglesia ha reconquistado su libertad; ella nos grita con todas las fuerzas de su voz que vengamos á ella. Ella nos dá reposo para nuestras almas inquietas, fuerza, para nuestras debilidades, bálsamo para nuestras heridas, y divinas esperanzas para levantar nuestros corazones abatidos.

La religion es una gran patria; el catolicismo no debe tener ni límites ni fronteras. Donde quiera que se eleve una cruz y un tabernáculo; donde quiera que se adore á Jesucristo como nosotros le adoramos, ese es nuestro país. . . . Así es, como yo, desde el fondo del alma me regocijo de ver la Inglaterra estremeciéndose bajo la palabra del cardenal, que S. S. Pio IX acaba de enviarle como arzobispo de Wetsminster. . . . Esos obispos renombrados de la Iglesia primitiva, cuyos nombres escribimos á cada rato; esos, para defender un rebaño, para reivindicar las santas libertades del santuario, ¿han hablado con mas elocuente vehemencia que el cardenal Wiseman. . . .? ¡Oh! Cuando uno ve despuntar los grandes acontecimientos, tales como los que se preparan para el reino de San Eduardo, sometiéndose todos á la voluntad de Dios, le pesa estar tan adelantado en el camino de la vida; se teme llegar al fin comun á todos antes de haber visto levantado el velo por completo. . . . Daniel O'Connell repetia frecuentemente: *Antes de cincuenta años se celebrará la misa en la iglesia abacial de Wetsminster. . . .*

Al presente, en que el *gran agitador* reposa en la tumba, su alma, que ha comparecido ante Dios, sabrá que dijo la verdad.

Por su sacramento del Orden, parece haber Dios sacado de sus tesoros del cielo todas las magnificencias de su gracia, para repartirlas sobre la tierra. Cuando uno ha fijado su pensamiento, cuando ha consagrado muchas horas y vigilias al estudio de la historia del cristianismo, ha adquirido la conviccion de que la divina Sabiduría todo lo ha previsto. Sin duda, ante todo hombre viviente, se abren bastantes diversos caminos, bien complicados senderos; puede estraviarse, perderse. . . . no temais por él; la bondad del Señor le enviará un ángel, como al joven Tobias. . . . ó bien le hará encontrar sobre el camino que sigue, uno de esos pescadores de hombres, discípulo y servidor de Jesucristo, que la Iglesia ha establecido y enviado por todas partes para iluminar, para conducir, bendecir y consolar á aquellos que marchan en la amargura del corazon y en la incertidumbre del espíritu.

Digamos todavía algunas palabras sobre los curas, los vicarios y los

sacerdotes agregados á las parroquias ó comunidades y los hospitales; sobre este clero inferior (1), á quien somos deudores de ese resto de buenas costumbres que se encuentra en las aldeas y en los campos. “El aldeano sin religion es una bestia feroz; no tiene freno ni educacion algunos, ni respeto humano. Una vida penosa ha agriado su carácter. La propiedad le ha llevado la inocencia del salvaje: es tímido, grosero, desconfiado, avaro, sobre todo, ingrato. Pero por un milagro palpitante, este hombre perverso se hace excelente entre las manos de la religion. Tanto como ha sido malo, se convierte en valiente, su inclinacion á traicionar se cambia en una fidelidad á toda prueba, su ingratitud en una adhesion sin límites, su desconfianza en una confianza absoluta. Comparad esos aldeanos impíos, espíritus fuertes, quemando á fuego lento las mugeres, los hijos y los sacerdotes; comparadlos á los vandeos y á los bretones, defendiendo el culto de sus padres, y únicos libres, cuando la Francia estaba abatida bajo el yugo del terror; comparadlos, y veréis las diferencias que la religion puede introducir entre los hombres.”

El inmortal escritor añade: “Se ha podido echar en cara á los curas las preocupaciones de estado ó de ignorancia; pero despues de todo, la simplicidad del corazon, la santidad de la vida, la pobreza evangélica, la caridad de Jesucristo, los hacian una de las órdenes mas respetables de la nacion: se han visto muchos, que mas que hombres, parecian espíritus bienhechores descendidos sobre la tierra para consolar á los miserables. Frecuentemente se privaron del pan para alimentar á los necesitados, y se despojaron de sus trajes para vestir al indigente. ¿Quién osará reprochar á tales hombres alguna severidad de opinion? ¿Quién de vosotros, soberbios filántropos, querria, durante los rigores del invierno, ser desvelado en medio de los rigores de la noche, para ir á administrar lejos de nuestras campiñas al moribundo espirante sobre la paja? ¿Quién de vosotros querria ver sin cesar su corazon herido del espectáculo de una miseria que no puede socorrer? ¿Verse rodeado de una familia cuyos macilentos rostros y hundidos ojos anuncian el ardor del hambre y todas las necesidades? ¿Consentiríamos nosotros en seguir á los curas de Paris, esos ángeles de la humanidad, en el hogar del crimen y del dolor, para combatir el vicio bajo las formas mas horribles, para verter la esperanza en un corazon desesperado? ¿Quién de nosotros, en fin, querria abstenerse del mundo de los dichosos, para vivir eternamente entre los que sufren, y no recibir muriendo, por tantos beneficios, sino la ingratitud del pobre y la calumnia del rico?”

Hay muchas moradas en la casa de mi Padre, ha dicho el Hijo de Dios;

(1) Chateaubriand, Genio del Cristianismo.

sobre la tierra hay diversos grados de santidad para llegar á las celestes moradas. Acabamos de ver los obispos establecidos por el Espíritu Santo gobernar y administrar sus diócesis, donde tienen el derecho y el deber de *arrancar, destruir, edificar y plantear*. Hemos mostrado al cura, ofreciendo el sacrificio, ligandoy desatando pecados, absolviendo y bendiciendo, socorriendo y consolando las ovejas que el Señor le ha dado á guardar; hemos seguido al vicario haciendo el bien en la parroquia, dejando, como el Divino Salvador á los niños venir á él, instruyéndolos él mismo para enseñarlos á conocer, á amar y á servir á Dios; todas estas funciones son grandes y santas, y emanan del sacramento del Orden. Pero no se detienen allí sus divinos efectos; la gracia se estiende aun mas allá del círculo del mundo; es el universo todo entero el que vamos á hacer ver entregado al celo evangélico, al ardor de la caridad, á la santa sed de la salud de las almas; porque estas palabras del Redentor: “Id y enseñad, bautizando en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo,” han resonado á través de todos los siglos, y resuenan todavía á través de todas las distancias. Caidas sobre corazones frios estas palabras, todas divinas tales como son, serán como las gotas del rocío que caen sobre la roca fria y dura. Discurrirán por la superficie sin penetrar..... pero, ¡gracias os sean dadas Dios mio! aun hay almas heroicas en el mundo. Las hay á quien el celo de la casa del Señor devora, y que no quieren reposo alguno mientras haya un bien que hacer: en estos corazones no penseis hacer entrar los pensamientos reducidos y vulgares de la sociedad de nuestros dias; estos pensamientos causan disgustos en esos seres escojidos, á quienes la caridad inflama.

El mundo nos dice: *Pensad en vos*. La caridad nos grita: *Olvidad de vos, y pensad en los otros*. Entre estas dos máximas tan diferentes, la eleccion del cristiano se hace bien pronta; desde que ha oido la voz de lo alto, se levanta como Samuel, y dice: *Heme aquí, Señor*.

Quando en medio de la noche Samuel dejó su lecho y cayó de rodillas para responder á Dios, era niño..... Pero aquellos que me aparecian en el pasado, levantándose al llamado de una voz misteriosa, son hombres ya ligados á la tierra por los años y los lazos de familia; y sin embargo, hélos allí de pié, prontos á partir, dispuestos á ir por todas partes donde Dios quiere que vayan.... Aquel que divisó á la cabeza de esta milicia santa, es ya de edad; está lejos de su país natal, y los mares que acaba de atravesar tienen olas incomprensibles, abismos mas profundos que los del mar de Galilea: despues que Dios crucificado, muerto y reucita sots'e elevó de la cima del Thabor á lo mas alto de los cielos, el apóstol que veo entre tanto pisar el suelo de la Italia, ha convertido en

Jerusalen cinco mil almas en una sola predicacion: ¡espera tanto en Dios! Está convencido de que la fé en el Cristo es mas poderosa que todas las potestades del mundo, que es lo mas poderoso que existe bajo el sol; y viene á echar en la capital del imperio romano (1) los fundamentos de la potestad eclesiástica. Los primeros Césares reinaban todavía, y ya al pié de su trono, en el tropel, circulaba Simon-Pedro, hijo de Juan, sacerdote desconocido, que debia reemplazarlos en el capitolio.

Hé aquí otro que se eleva, y que tambien quiere llevar á lo lejos la palabra de Jesucristo: despues de haber confesado á su Divino Maestro ante los sabios y los filósofos del Areópago, llega tambien á Roma para morir allí, y sus huesos se juntarán á los del príncipe de los apóstoles en una misma tumba.

Bajo estas gloriosas trazas, ¡cuántos hombres de corazon y de fé querrán marchar, querrán imitar ESTOS DOS GRANDES MISIONEROS, primeros patronos de todos aquellos que consagran su vida á la propagacion de la fé!

Esta pasion de la salud de las almas era completamente desconocida de los idólatras: lo que es falso nada inspira, ó inspira el mal; los nobles, los generosos pensamientos vienen de la verdad. El entusiasmo divino que anima al misionero apostólico, emana directamente de Dios. Sin sus sacramentos, nuestras almas permanecerian secas y frias, y nada bueno ni bello podria en ellas germinar. Los apóstoles Pedro y Pablo se destierran de su país por arrancar á los pueblos el error y enseñarles la verdad. Para traerlos á su santa creencia, han debido ellos sufrir y morir. Y ved si los antiguos filósofos de Roma, de Esparta y de Atenas, han tenido jamas el pensamiento de abandonar su dulce y gloriosa patria, para ir á lo lejos á predicar el culto de Júpiter y Marte, de Minerva y de Vénus.

No, no; démos gracias á Dios: el error no ha tenido ni tendrá jamas los medios de la verdad; nadie mas que el verdadero discípulo del verdadero Dios, puede tener tanta abnegacion de sí mismo, tanto amor al prójimo, para abandonar la vida de familia, el reposo de la comodidad y el aire de la patria, para ir á beneficio de una inspiracion sublime á humanizar al salvaje, instruir al ignorante, curar al enfermo, vestir al pobre, rescatar al esclavo, y sembrar la concordia y la paz entre las naciones bárbaras y enemigas: esto es lo que los misioneros cristianos han hecho y hacen todos los dias.

El sacerdote que ha sido untado del aceite de la fuerza y del crisma de salud, ha recibido en sí alguna cosa sobrehumana: por el sacramento del *Orden*, por la gracia que de él emana para fortificar y santifi-

(1) Genio del cristianismo. Chateaubriand. (1)

car el alma, ha mirado con desden el egoismo y las cosas falsas del mundo. Se diria que el dia en que el obispo le ha impuesto las manos, los ángeles le han rodeado, y que uno de estos espíritus celestes le ha puesto sus alas para elevarse bien alto sobre la superficie de la tierra; ¡tanto así menosprecia al presente los intereses de acá abajo!

Otras veces es tímido y medroso, inesperto, no se atreve por sí mismo á *emprender nada*: entonces esclama con David, yendo ante Goliath: *El Señor está conmigo: ¿quién, pues, podrá hacerme temblar...?* Y si sus padres, sus hermanos, intentan retenerlo, impedirle partir, embarcarse para bogar hácia los países menos civilizados y mas lejanos, tambien tendrá su exclamacion de ¡DIOS LO QUIERE! Y para salvar las almas de algunos salvajes, afrontará los mares, las tempestades, los hielos del polo, los fuegos del trópico, las flechas emponzoñadas y los festines sangrientos de los antropófagos!

Por salvar una sola alma y volverla á Jesucristo, consentirá voluntariamente en vivir con el esquimal (1) en su pellejo de piel de vaca marina; se alimentará del aceite de ballena con los groenlandeses; con el tártaro ó el iroqués correrá las soledades, montará sobre el dromedario del árabe, ó seguirá al cafre errante en su abrasado desierto: el chino, el japonés, el indio, serán sus neófitos; y cuando él sea tambien el que haya obedecido con gusto el cuarto mandamiento, *honrarás á tu padre y á tu madre*, él, que ha amado siempre sus hermanos y hermanas, cuando esté á tres mil leguas de su país natal, bendecirá á Dios en la alegría de su alma, porque habrá esparcido el agua regeneradora del bautismo sobre la cabeza de un miserable idólatra, convertido un su hermano en Jesucristo! ¡Milagros de la caridad, cuán admirables sois! ¡y cómo realizais nuestra pobre humanidad! Sin el pensamiento religioso ella se encojeria; con él se engrandece y se eleva como el cedro del Líbano y del Thabor. Para dar su perfume la rosa de Jericó, tiene necesidad del sol del Oriente; para dilatarse nuestra alma tiene necesidad del fuego de la caridad.

El hambre y la sed de oro conduce al hombre hasta las regiones mas lejanas; el especulador y el negociante han dejado la huella de sus pasos en los mas áridos desiertos, en los bosques mas profundos, sobre la cresta de las montañas que sobrepujan las nubes y se cubren de nieves eternas y sobre el suelo negro de las minas en las entrañas de la tierra; sus navíos han surcado todos los mares, arrojado el ancla en medio de los arrecifes y de los escollos mas temidos y abordado á todas las riberas. El hambre y la sed de ganar, no la plata, no el oro, sino almas para Dios, han llevado la caridad mas lejos que donde el amor del lucro ha podido

(1) Chateaubriand. Genio del cristianismo. (1)